

Vidas de Nietzsche

el investigador no tiene tiempo para creer en nada, ni por probidad puede andar tratando con sus creencias mientras dura la experiencia. Mediante la fórmula que, en hueco, podría caracterizarse como un *¿y si...?*, se está operando directamente sobre el sentir de nuestra experiencia fuera (antes) de toda verdad discursiva que pudiera ser puesta positivamente. Y luego, mediante el señuelo del estilo se nos exige cumplimentar un *¿entonces?* que, siendo éste una verdad, no puede ser sino la del lector, la de cada cual: la de *uno mismo*. Una verdad que debe poner al descubierto el modo como, instante a instante y ante el pasar de lo que (nos) pasa, nos inventamos ese *uno mismo*, y contando con qué.

Y en segundo lugar, es importante prestar toda la atención a esa pregunta que constituye el filo mismo del afotismo: *¿o has vivido alguna vez un instante tremendo (en el que hubieras contestado afirmativamente a la tentación del demonio)?* Y es importante porque es ella la que contiene su clave: es evidente que Nietzsche piensa que nadie, en su sano juicio, firmaría un pacto tal; y es muy posible que tenga razón. Cada cual, qué duda cabe, ha conocido instantes de plenitud a lo largo de su existencia, como también los ha conocido sombríos, y es bien difícil hacer un cómputo y decidir si ha valido o no la pena. Sin embargo, no es a ello a lo que Nietzsche nos invita, a hacer el cómputo, a calcular según nuestro sano juicio si valdría o no la pena repetir de nuevo la experiencia de la estupidez, las fatigas y las carencias, o la maldad que también han cruzado nuestra vida. Es éste un cómputo muy trivial, por otra parte. No, la dirección a la que Nietzsche apunta es radicalmente otra: nos exige

Cantor, caballero y espíritu libre (1878-1882)

que pensemos, no en el transcurso de nuestro existir y la contabilidad de sus pros y sus contras, sino en ese instante durante el cual (y sólo durante el cual) hubiéramos firmado tan terrible pacto. Y si somos veraces con nosotros mismos, todos reconoceremos la existencia en nuestra vida de algunos instantes tan dotados de una atroz plenitud en los que presumiblemente hubiéramos sido tan poco juiciosos como para aceptar el trato. Así, se nos dice, estos instantes son los auténticamente vividos como instantes; en los que más allá del pasado y del futuro, la vida en su presente es puesta como absoluta e incondicionalmente valiosa: instantes en los que, para poder de tenerlos, uno aceptaría incluso la repetición de la vida entera y todo su pasar anterior, porque son precisamente los que ahora la redimen y más allá de cualquier posible cálculo... Podría decirse que ese umbral decisivo del Juicio Final que el cristianismo había colocado al final de los tiempos, el gesto de Nietzsche lo sitúa ahora en un instante cualquiera, como algo que puede suceder en cualquiera de los instantes...

Probablemente lo que acaba por convertir este texto en perfecto es precisamente que basta con leerlo, no es necesario suponer nada más que lo que se dice, ni tampoco conducirlo más allá, elevando estos instantes a categoría y entender que son momentos de éxtasis, de trascendencia en alguna suerte de *böbe Stimmung* sacralizada, de contacto metafísico con un Afuera que, aún conformándonos, nos excede. No le son precisos al lector más compromisos al respecto que los que hasta aquí haya tomado leyendo; excepto las ganas de jugar a que un demonio le desafía en estos términos, y aceptar el reto...

clave: *el instante*
instante